

CUANDO LLEGUE LA CONSUMACIÓN DE LOS TIEMPOS

Dado que Dios vive en una eternidad, ¿qué fue lo que le hizo marcar la hora de la “plenitud de los tiempos” para enviar a su Hijo Unigénito, el Unigénito en “el hombre”, Jesús? *«Él será grande y llamado Hijo del Altísimo»*. Siendo Dios infinitamente poderoso podía haber enviado a su Hijo antes, pero, ¿qué fue lo que le hizo marcar aquel tiempo y no otro como “la plenitud de los tiempos”?

Comenzamos con una afirmación inaudita, en que la justicia y la humildad divinas se manifiestan dando un lugar primordial a la libertad humana. La “plenitud de los tiempos” no podía ser señalada por el Padre, ni por el Hijo, ni por el Espíritu Santo; debía ser señalada por la libertad de una criatura. ¿En qué sentido? No en el sentido de que la criatura llegase a merecer aquello que debía realizarse: la encarnación del Verbo, sino que la Justicia divina exigía que por lo menos una criatura, libre y conscientemente, estuviese incondicionalmente identificada con la Voluntad del Padre. Es verdad que hubo almas que correspondieron en alguna medida, más o menos efectiva, al plan divino; y ellas aportaron el contribuido necesario para preparar el camino de aquella criatura que se identificaría con la Voluntad del Padre, pudiendo Éste enviar a su Hijo; esa criatura fue María.

¿En qué forma esta criatura, María, marcó la hora de la “plenitud de los tiempos”? *«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios»*. Partiendo de

esta verdad comprenderemos por qué María pudo “marcar” la “plenitud de los tiempos”. Por su pureza incomparable contempló a Dios y su plan divino, desconocidos hasta entonces en toda su claridad por las demás criaturas. Vio el verdadero plan divino contra todas las deformaciones de un Mesías político y libertador. María, por su pureza, vio al hijo del Padre, el Unigénito, la Naturaleza Divina en el hombre, Cristo, el Mesías, «*Despreciado, desecho de los hombres, varón de dolores...*». En una palabra, María contempló al Mesías “paciente” y se abrazó a ésa obra del Padre en la forma que Él lo dispusiera para ella. Si por su pureza logró penetrar «*...el misterio escondido desde los siglos*» en la Voluntad del Padre, una vez conocido reafirmó su pureza, su entrega virginal, olvido total de sí misma, rechazo a toda tentación humana: haciendo entrega total de sí misma porque así lo vio que era necesario y lo quería Dios en aquella obra que le había sido revelada. No quiere decir esto que, conociendo María el “misterio escondido desde los siglos” y que al hacer su entrega, supiera que ella precisamente iba a ser la madre del Mesías paciente que había contemplado en el plan divino. No olvidemos que María (aunque desde la eternidad se había orientado a la Voluntad Divina) al entrar en el Tiempo venía con los velos propios del “tiempo”, por tanto, estaba sometida a la fe. Esto se revela cuando al serle anunciada por el ángel su maternidad divina ella se sorprende: «*¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón?*». María al hacer su entrega incondicional y virginal no pensó ni por un momento que ella iba a ser madre. Precisamente renunciaba a la maternidad para estar más disponible al servicio de la Voluntad del Padre en aquel misterio que

ella en su pureza había contemplado. Esa disponibilidad absoluta que había realizado en su alma no encuentra obstáculo cuando se le anuncia una cosa al parecer imposible: una maternidad virginal. Aquí la fe de María pronuncia su primer “fiat” en la tierra, brotado de esa disponibilidad absoluta de su alma al servicio del Padre; el segundo “fiat” lo pronuncia cuando Simeón le dice: *«Puesto está para caída y levantamiento de muchos en Israel y para blanco de contradicción; y una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones»*. Así, pues, María marcó la hora de la “plenitud de los tiempos”.

En las cartas de los Apóstoles se siente la sensación de que el fin de los tiempos está próximo. Los primitivos cristianos vivían en la espera del retorno de Jesús, Cristo, el Mesías. ¿No se podría decir, como en el caso de la “plenitud de los tiempos”, que la “consumación de los tiempos” depende de alguna criatura?... Jesús dice que ni él mismo sabe la “hora” del fin de los tiempos, sino sólo el Padre. Que el Padre sepa no quiere decir que depende de Él. En su justicia y humildad, “anonadamiento”, esa decisión la deja a la libertad de las criaturas como sucedió en la “plenitud de los tiempos”. Esa criatura debe estar incondicionalmente identificada con la obra que realizará María por Voluntad del Padre. Esa criatura debe ser como otra María donde el Padre, por mediación de ésta, dé a conocer el “misterio” también “oculto” de la “consumación de los tiempos”...

«Cuando hubieron hablado los siete truenos iba yo a escribir; pero oí una voz del cielo que me decía: Sella las cosas que han hablado los siete truenos y no las escribas. El ángel que yo había visto estar sobre el mar y

sobre la tierra levantó al cielo su mano derecha y juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y cuanto hay en él, la tierra y cuanto en ella hay, y el mar y cuanto existe en él, que no habrá más tiempo».

El plan divino de la Redención

Decíamos que sólo María conoció con exactitud el plan divino de la Redención. Los mismos profetas, incluso el último antes de Jesucristo, Juan Bautista, no tenían una claridad absoluta del plan divino. Si examinamos las palabras de la predicación del Bautista, vemos que no se conforman con la realidad de los hechos inminentes por él anunciados; la mansedumbre y misericordia de Jesús contrastan con la predicación del Precursor, *«Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé fruto será cortado y arrojado al fuego»*. Él había visto al Espíritu posarse sobre Jesús en el Jordán, pero las palabras y las obras de éste eran un enigma para el Precursor, por eso manda a dos de sus discípulos a preguntar al mismo Jesús: *«¿Eres tú el que viene o hemos de esperar a otro?»*. Jesús le contesta con las palabras conocidas de Isaías: *«Yo, Yahvé, te he llamado a la justicia y te he tomado de la mano. Yo te he formado y te he puesto por alianza para mi pueblo y para luz de las gentes, para abrir los ojos de los ciegos, para sacar de la cárcel a los presos, del fondo del calabozo a los que moran en las tinieblas»*. Hay que advertir que este profeta había contemplado a los dos: a Jesús y al “Otro”,

que siendo “Uno” son distintos. A veces, en un mismo pasaje profético están los dos. Recordemos esto: *«Y brotará una vara del tronco de Jesé, y retoñará de sus raíces un vastago. Sobre el que reposará el Espíritu de Yahvé, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de entendimiento y de temor de Yahvé y pronunciará sus decretos en el temor de Yahvé. No juzgará por vistas de ojos, ni argüirá por oídas de oídos, sino que juzgará en justicia al pobre, y en equidad a los humildes de la tierra. Y herirá al tirano con los decretos de su boca, y con su aliento matará al impío. La justicia será el cinturón de sus lomos, y la fidelidad el ceñidor de su cintura»*. La duda del Bautista estaba en que estas últimas palabras no se conformaban con la forma de obrar de Jesús y de Aquel que él había anunciado. Ya en el Jordán había sido sorprendido el Bautista cuando Jesús quiso ser bautizado por él. Jesús le dice: *«...pues conviene que cumplamos toda justicia»*. Juan Bautista no vio todo lo que había contemplado María: el Mesías Redentor de la Humanidad – Cristo, actividad de lo Divino en la Naturaleza Humana, “el hombre”– . Y los mensajeros enviados por Juan a Jesús le llevaron unas palabras selladas de misterio: *«Bienaventurado quien no se escandalizare en mí»*. Efectivamente, Jesús fue un escándalo para aquellos hombres que se habían quedado en la letra de la Ley y no tenían el Espíritu: *«... la letra mata, sólo el Espíritu da vida»*, como dirá más tarde S. Pablo, pues en su humildad iba a confundir a unos hombres endurecidos y orgullosos.

¿Y cuál era la justicia que había de cumplirse? Que Jesús era “el hombre”, de nuevo “Adán”, la Naturaleza Humana, orientado ahora irreversiblemente a la actividad

de su Naturaleza Divina, Cristo, que venía a restaurar, con su vida de negación propia y obediencia a la Voluntad Divina, el orden quebrantado en el Paraíso al orientarse a la criatura, el ángel, en oposición a la Voluntad de Dios; de este modo, Jesús, portando consigo a Cristo, actividad de lo Divino, el Redentor prometido, iniciaba así la “plenitud de los tiempos”, cumpliéndose una justicia de misericordia con respecto al hombre dándosele a conocer el espíritu del Mal; de “misericordia” porque el hombre no era consciente de la acción del ángel. Así, pues, antes de la “consumación de los tiempos” era necesario que la Naturaleza Humana quedase redimida del pecado del hombre, en Adán, quien por la desobediencia al mandato divino aceptó la acción del ángel; esa Redención fue la que se realizó en el cuerpo de Jesús por la obediencia a la Voluntad Divina y la que debe realizarse en cada ser humano que se identifique con él por la negación propia para cumplir la Voluntad del Padre.

La “consumación de los tiempos” sería obra del “Otro”, Quien redimiría la Creación entera del pecado del ángel; y es a Este a quien Juan Bautista entrevio juntamente con los demás profetas, y fue anunciado como Rey, Príncipe, Caudillo y Pastor. Éste era el esperado de todas las generaciones. Éste era al que esperaba el pueblo hebreo, por eso no reconocieron al Redentor de la Humanidad – la Actividad de lo Divino, Cristo, que venía a redimir en Jesús, a la Naturaleza Humana del pecado del hombre – ; los males que sufrían como consecuencia del pecado, el egoísmo, no les permitía llegar a ver la justicia perfectísima del Padre: que antes de venir Aquél, el Mesías Libertador, a liberar la Creación entera del pecado del ángel, el Mal, debía

venir Éste, el Mesías Redentor, a redimir a las almas del pecado del hombre, “pecado original”: desobediencia a la Voluntad Divina por orientación a la criatura, el ángel. Éstas eran dos Personas, con la manifestación diversa de una misma Voluntad, un mismo Espíritu: la Justicia del Padre como Misericordia y la Justicia del Padre como fin de la iniquidad.

Si leemos atentamente a S. Pablo vemos que al final de los tiempos aparecerá “el hombre de iniquidad”, “el Inicuo”, *«...a quien el Señor Jesús matará con el aliento de su boca, destruyéndole con la manifestación de su venida»*. ¿Quién es este “Inicuo” y este “Señor Jesús”? La rebelión del ángel caído fue debido a que quiso ser “como” Dios y deseó para sí la Creación destinada para el Dios humanado, el Unigénito, “Hijo de Dios”, hecho hombre¹⁹, y esto dependía, en la justicia perfectísima del Padre, primero de la libertad de los ángeles, Naturaleza Angélica, y después de la libertad del hombre. La aparición del “Inicuo” será la encarnación del demonio, la cual se realizará cuando una libertad humana le acepte plenamente. Esa aceptación se dará aceptando no propiamente la “persona” del demonio, porque éste jamás se descubre claramente; lo que aceptará esa criatura humana serán los atributos de éste: soberbia espiritual, orgullo desmedido, deseos de poder y gloria. En una palabra se inclinará al “poder” de Dios ambicionando ser “como” Él, haciendo lo mismo que hizo el ángel, contrario a lo que hizo Jesús, que orientándose al Amor se negó a sí mismo, poniendo las condiciones para que Dios, el Ser en el Unigénito, pudiese asumir en su cuerpo la Naturaleza Humana para manifestarse en ella y atraer a Sí la Creación entera. En Jesús, “el hombre” se hizo siervo y

fue constituido por Dios Rey y Señor. Ése es el “Señor Jesús” que matará al impío con el aliento de su boca.

¿Y qué es este “aliento” que saliendo de la boca del “Señor Jesús” matará al impío? No es otro que el Espíritu de Jesucristo Resucitado, el Espíritu Santo, quien pondrá término a la Creación introduciéndose en ella, pues para Él fue hecha, para Su manifestación. Como el Espíritu Santo es la culminación de la vida Trinitaria, así también lo será de la Creación.

¿Cuándo sucederá esto? Cuando una criatura humana acepte plenamente ese Espíritu de Jesús; esa criatura deberá “nacer de nuevo” de las “entrañas” de María: «...hágase en mí según tu palabra»²¹; por su negación propia e identificación con la Voluntad Divina podrá ser instrumento dócil de María, quien realizará en ella y a través de ella el misterio anunciado y esperado por todas las generaciones, “misterio de Justicia” que dará lugar a la consumación de todos los tiempos:

*«Apareció en el cielo
una señal grande:
una mujer envuelta en el sol,
con la luna debajo de sus pies,
y sobre la cabeza una corona
de doce estrellas,
y estando encinta,
gritaba con los dolores de parto
y las ansias de parir.*

*Apareció en el cielo otra señal,
y vi un gran dragón
de color de fuego,
que tenía siete cabezas*

*y diez cuernos,
y sobre las cabezas
siete coronas.*

*Con su cola arrastró
la tercera parte
de los astros del cielo
y los arrojó a la tierra.*

*Se paró el dragón
delante de la mujer,
que estaba apunto de parir,
para tragarse a su hijo
en cuanto le pariese.*

*Parió un varón,
que ha de apacentar
a todas las naciones
con vara de hierro,
pero el Hijo fue arrebatado
a Dios y a su trono.*

*La mujer huyó al desierto,
en donde tenía un lugar
preparado por Dios,
para que allí
la alimentasen durante
mil doscientos sesenta días».*

(pp. 9-21)